



Catalina asumió el odio de su familia a los Trastamara y esperó confiada, presintiendo que en ella se personificaría la solución al problema dinástico que aún enfrentaba a muchos castellanos. El momento llegó en 1386.

No era aquel un buen año para Castilla. Su rey, Juan I, hijo de Enrique de Trastamara, había sido derrotado por los portugueses en Aljubarrota. La Aljubarrota que hizo héroe a nuestro don Pedro Hurtado de Mendoza con aquello de... *si el caballo vos han muerto...*

Juan I hubo de hacer frente, además, al ataque del duque de Lancaster quien desde Portugal penetró en Galicia con ánimos de arrebatarse el trono. La disputa finalizó con el Tratado de Bayona, en julio de 1388. En él los duques de Lancaster renunciarían a todos sus derechos a la Corona castellana a cambio de que la hija de los duques, Catalina, contrajese nupcias con el heredero al trono castellano, Enrique, el hijo de Juan I. De esta forma se unían definitivamente las dos ramas que litigaban por la corona, la legítima y la bastarda, descendientes ambas de Alfonso XI. También en este acuerdo se decidió la creación de un nuevo título para los herederos al trono de Castilla.

Catalina de Lancaster, Señora de Atienza

El título no era otro que el de “*Príncipes de Asturias*”. Y entre aquellos tratos prematrimoniales Catalina recibía como arras de matrimonio el extenso Señorío real de Atienza que, casualidades del destino, ostentó antes que ella el infame Beltrán Claquín, o Duglesclín, el que ayudó a que su abuelo perdiese el trono, y la vida.

Además del extenso y entonces rico Señorío de Atienza, se la entregaban los de Guadalajara, Olmedo y Medina del Campo, entre otras prebendas, villas y ciudades.

Los herederos fueron jurados como Príncipes de Asturias tras su boda en la catedral de Palencia, en el mes de septiembre de aquel año de 1388 en el que Catalina continuaba siendo una niña de apenas 15 años de edad, pero ya con capacidad de decidir; *hermosa, alta, y bien dispuesta en el talle y gallardía en el cuerpo*, tras haber llevado a cabo un viaje a través de las siempre peligrosas y belicosas tierras de Francia que la llevaron a la también siempre árida Castilla, ante todo árida en aquellos meses de calores sofocantes cuando desde la frontera llegó a la antigua e histórica ciudad castellana.